

menos**cuarto**

Ficción perpetua

José María Merino



Colección *Cristal de cuarzo*

Cronógrafo

Serie dirigida por Fernando Valls

© José María Merino, 2014

© de esta edición, MENOSCUARTO [E. CÁLAMO, S.L.], 2014

Imagen de portada: Detalle de *Ramón Casas y Pere Romeu en un tándem* (1897),
óleo de Ramón Casas i Carbó.

ISBN: 978-84-15740-12-4

Dep. Legal: P-96/2014

Corrección de pruebas: BEATRIZ ESCUDERO

Impresión: GRÁFICAS ZAMART (PALENCIA)

Printed in Spain - Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES

Pza. Cardenal Almaraz, 4 - 1º F

34005 PALENCIA (España)

Tfno. y fax: (+34) 979 70 12 50

correo@menoscuarto.es

www.menoscuarto.es

ÍNDICE

EN EL PAÍS DE TODOS LOS LIBROS

- 13 Diez jornadas en la isla
30 Las fiebres de la ficción
50 Una identidad desatada
59 Identidad y mestizaje
72 El cuento del contar
82 Los límites de la ficción
99 Las miradas de la invención novelesca
107 La literatura fantástica en España
116 El sueño de la ciencia-ficción
133 Tres reflexiones quijotescas
155 Cinco reflexiones sobre la lectura

DE AUTORES Y OBRAS

- 177 *El pájaro que canta el bien y el mal*, de J. M. de Prada Samper
184 *Las primeras novelas*, de C. García Gual
192 *Orígenes de la novela*, de M. Menéndez Pelayo
200 De falsos clásicos: el *Guzmán de Alfarache*, de Mateo Luján
208 Lope de Aguirre, tirano inmortal
216 De sombras y dobles
230 *Manuscrito encontrado en Zaragoza*, de Jan Potocki
237 Sobre Antón Chéjov
248 Guy de Maupassant, cuentista y viajero
255 *David Copperfield*, de Charles Dickens
262 *Corazón*, de Edmundo de Amicis
270 Relatos completos del padre Brown, de G. K. Chesterton

278	De Unamuno cuentista
286	Dos novelas de Enrique Jardiel Poncela
293	<i>Cuentos de marcianos</i> , de Fredric Brown
301	La narrativa completa de Álvaro Cunqueiro
309	De nuevos cuentistas españoles
316	<i>El microrrelato. Teoría e historia</i> , de D. Lagmanovich
324	Bibliofobia

Agradezco a Fernando Valls y a José Ángel Zapatero su interés en publicar esta obra. En ella, desde reflexiones literarias y comentarios sobre distintos libros y autores, presento perspectivas similares a las que formaron Ficción continua, que apareció en 2004.

En la primera parte, «En el país de todos los libros», reúno charlas y ensayos de los años 1992 a 2013; en la segunda parte, «De autores y obras», agrupo muchos de los artículos que se fueron publicando en diversas revistas, sobre todo en Revista de Libros desde 2004 hasta su abrupta desaparición como publicación «en papel» en 2012, víctima cultural de las muchas que está ocasionando la crisis que estamos viviendo.

Espero que la ficción siga ayudándonos a comprender mejor este mundo disparatado.

*José María Merino
Invierno de 2013*

EN EL PAÍS DE TODOS LOS LIBROS

DIEZ JORNADAS EN LA ISLA

Para aproximarme al espíritu de esta charla comenzaré evocando a aquel intrépido personaje que fue Robinson Crusoe y sus esfuerzos por sacar del barco encallado tras el naufragio, en los momentos de la marea baja, la mayor parte de los utensilios que tanto habrían de ayudarlo en su isla.

Voy a imaginarme que el barco, entre otras cosas, transportaba también una amplia biblioteca, y a lo largo de diez jornadas voy a intentar recuperar unos cuantos libros. En este trance, es inevitable que recuerde las librerías de la biblioteca paterna, acristaladas con vidrios emplomados y coloreados, que le daban al despacho en el que se encontraban cierto aire acuático, pero también es forzoso que haga una advertencia: reducir el mundo de mis libros selectos a una decena suscita en mí una gran desazón, pues el mundo de los libros es inmenso y está lleno de piezas irremplazables. Para elegir un libro cada día, aprovechando la bajamar, seguro que estaré siempre a punto de ser alcanzado por el retorno de la marea.

En la primera jornada, tras revisar con nerviosismo el conjunto de los libros, que la violencia del naufragio habrá desparramado por el suelo del camarote, creo que me voy a decidir por una enciclopedia. Cuando tuve el honor de ser elegido miembro de la Real Academia Española, declaré que tal elección era para mí un modo inefable de cerrar el círculo vital de mi relación con el mundo del libro, que había comenzado con lecturas de ficciones apoyadas siempre en la consulta del diccionario y de ciertas enciclopedias.

El diccionario me desvelaba el significado de muchas palabras misteriosas, que iban apareciendo al hilo de mis lecturas, y tales palabras se enhebraban con otras, también desconocidas, hasta conformar una luminosa cadeneta de vocablos. Las enciclopedias —«quizá el más deleitable de los géneros literarios» para Jorge Luis Borges— eran un vehículo que me permitía visitar espacios reales e imaginarios con inusitada facilidad.

Recuerdo que momentos óptimos para consultarlas solían ser las convalecencias de ciertas enfermedades recurrentes, como las anginas, a las que yo era muy propenso. Todavía era muy niño cuando mi padre me regaló *El libro de oro de los niños*, una enciclopedia infantil en seis tomos editada en México en 1946, dirigida por Benjamín Jarnés y Luis Doporto, ilustres exiliados, que llegó a España por inescrutables caminos, donde se iban desplegando, de forma amena y preciosamente ilustrada, la poesía, la fábula, la leyenda, el cuento, la novela, el teatro, el cine, la mitología, la historia, la religión, el arte, la industria y la ciencia. Más tarde, también cuando yo era todavía muy niño, entraría en casa la *Enciclopedia universal ilustrada Europeo-americana* de Espasa-Calpe, con sus 70 tomos, y mi padre me encargó la nobilísima misión de buscar en ella la palabra necesaria, cuando alguien de la familia lo requiriese.

Pero de todas las enciclopedias, mi preferida era la enciclopedia *Universitas*, de Salvat, donde se concentraba un verdadero universo de estímulos, que pertenecían a lo real y a lo ficticio, y se equilibraban con verdadera armonía. En aquella enciclopedia descubrí *El hombre de la arena*, de E. T. A. Hoffmann, pero también la leyenda de los nibelungos, las iglesias góticas y los rascacielos de Nueva York, los atolones del Pacífico, el mundo de las mariposas y el sistema solar, innumerables temas que llenaban de asombro mi imaginación y me permitían acceder a una sabiduría mucho más sabrosa que la de los libros de texto.

En mi biblioteca se encuentran ahora muchos diccionarios, desde el *Tesoro de la lengua castellana o española* de Sebastián de Covarrubias hasta el *Diccionario geográfico-histórico de las Indias*

Occidentales o América de Antonio de Alcedo o el *Diccionario Militar* de José Almirante, con los de los símbolos de Chevalier-Gheerbrant y Juan Eduardo Cirlot, pasando por el Corominas/Pascual, el María Moliner, el Julio Casares, el Carlos Seco, otros de sinónimos y dudas, y varias enciclopedias de arte, fauna, música, cine, cómic... pero en la isla desierta, por mucho esfuerzo que me cueste reunirlos, voy a intentar trasladar desde el barco encallado aquellos tomos de la enciclopedia *Universitas*, para que constituyan la primera pieza de mi biblioteca de náufrago.

En la segunda jornada de mi naufragio, voy a intentar recuperar el primer libro que yo leí desde la conciencia de que era una novela. Yo era un niño raro, ensimismado y tímido, y los cuentos maravillosos que leía no solo me aislaban de la realidad rutinaria y ajena, sino que me permitían descubrir, precisamente, algunas de sus claves. Sin saberlo, en mis primeras lecturas encontraba los mitos y los arquetipos que nos conforman como seres humanos. Mitos y arquetipos que, por cierto, no dejaban de estar en los tebeos, que por entonces nutrían también, con el cine, buena parte de la imaginación infantil.

Un primo de mi padre, que vivía en Madrid y que a veces visitaba León, me trajo un día de regalo la novela *Heidi*, de Juana Spyri. Conservo todavía el libro, en la edición de Juventud de 1947. O sea, que cuando lo leí debía de tener seis o siete años. He hablado de este libro en otras ocasiones, y tardé muchos años en descubrir que lo que me había impresionado de él fue que, al contar la historia de la nostalgia sonámbula que Heidi muestra hacia la montaña del abuelo, yo sentía que reflejaba mi propia nostalgia del verano y las vacaciones desde el invierno escolar. Una buena ficción relata siempre algo que nos atañe profundamente. Ahora sé que *Heidi* habla del Paraíso Perdido, como sé que *La isla del tesoro* vuelve a narrar la búsqueda del Vellochino de Oro, y *Robinson Crusoe*, que he elegido como modelo para la trama de esta charla, incide en el mito de la Creación del Mundo.

Mitos y arquetipos que fueron llegando mí a través de tantas lecturas, y también la conciencia de que el escenario es uno de los personajes indiscutibles de la literatura: en *Heidi*, son escenarios contrapuestos la montaña luminosa, en la que se encuentra la cabaña del abuelo, y la oscura ciudad de Fráncfort, donde se alza la casa de los Sesemann; pero a lo largo de otras lecturas infantiles y juveniles fui descubriendo nuevos escenarios fascinantes de la mano de Verne, Melville, Wells, Dickens, Dumas, y luego, en ediciones para jóvenes o en otras, encontraría lugares inolvidables de la mano de Homero, Luciano de Samósata, Rabelais o Conrad...

Y es que la literatura, además de explicar lo que nos sucede como seres que piensan y sienten, recoge eso que llamamos el «espíritu del lugar», y les da vida peculiar a escenarios como el Misisipí de Huck Finn y Tom Sawyer, el Nueva York de Henry James o John Dos Passos, el Berlín de Alfred Döblin, el Madrid de Galdós y Baroja, o los parajes imaginarios que representan el Yocknapatawpha de William Faulkner, la Comala de Juan Rulfo o la Celama de Luis Mateo Díez.

Pero basta: este segundo día de mi naufragio, recupero *Heidi* del barco encallado, y en paz.

En la tercera jornada, el libro que voy a recuperar es *El Quijote*, aunque debo advertir que el Ingenioso Hidalgo y Caballero no fue héroe de mi devoción cuando yo era niño. Mi padre lo admiraba mucho: tenía varias ediciones del libro, entre otras una preciosa ilustrada por Urrabieta Vierge, y en casa había grabados con escenas quijotescas, y algún bibelot de madera que representaba las figuras del Caballero y de su Escudero. Yo también tenía, entre mis libros particulares, una edición abreviada del *Quijote*, pero a mí no me agradaba ese pretendido héroe que salía derrotado de todos los lances, al que apaleaban, cortaban una oreja o rompían las muelas. Con el tiempo fui comprendiendo que, para entender *El Quijote*, hay que haber descubierto la melancolía, hay que haber crecido, pues en el mundo sin tiempo de la infancia, los héroes deben ser invencibles y siempre victoriosos.

Sin embargo, cuando leí la inmortal novela por primera vez, ya de joven, descubrí que su espíritu impregnaba muchas de las novelas de mi infancia: los héroes cervantinos están en las azarasas peripecias que marcan la aventura de Kim y del lama en busca del Río de la Flecha, en la novela de Rudyard Kipling, como están en la de los protagonistas de esa huida río Misisipí abajo que protagoniza Huckleberry Finn intentando liberar al esclavo Jim, o como están en la de Phileas Fogg y su criado Passepartout a lo largo de su vuelta al mundo en 80 días, y en muchas de las aventuras de Guillermo Brown y sus Proscritos... Pocos años más tarde, descubriría también que *El Quijote* se ha filtrado sutilmente en libros tan diferentes como *La hija del capitán*, de Alexander Pushkin, y en *Los papeles póstumos del club Pickwick*, de Charles Dickens, aunque acaso todos ellos provengan de esa aventura milenaria que protagonizó Rama para recuperar a su prometida Sita de los malvados raksasas, ayudado por el mono Hanuman.

En cualquier caso, en *El Quijote*, además de las ambiguas y vigorosas personalidades de sus protagonistas, además del ejemplo que nos da Alonso Quijano de que debemos luchar por nuestros sueños, sigue vigente un narrador incrustado en el texto que supone un hallazgo, desde el punto de vista técnico, que nunca será superado.

En la cuarta jornada quiero traer algo de poesía a mi modesto refugio isleño. Ciertas noches, en la casa de mis padres, se leía en voz alta. La Noche de Ánimas, por ejemplo, yo era el encargado de leer *El monte de las ánimas*, de Gustavo Adolfo Bécquer, y, en Nochebuena, un relato de Pedro Antonio de Alarcón sobre su propia experiencia infantil de celebración de la festividad. Como mi madre era gallega, le gustaba mucho escuchar los versos gallegos de Rosalía de Castro, que yo también leía para el resto de la familia:

*Pasa río, pasa río,
co teu maino rebulir;*

*pasa, pasa ante as froliñas
color de ouro e de marfil,
a quen cos teus doces labios
tan doces cousas lle dis...*

También nos gustaba mucho la Rosalía en lengua castellana:

*Un manso río, una vereda estrecha,
un campo solitario y un pinar
y el viejo puente, rústico y sencillo
completando tan grata soledad.
¿Qué es soledad? Para llenar el mundo
basta a veces un solo pensamiento...*

En nuestras lecturas no podía faltar Bécquer, naturalmente:

*Si al mecer las azules campanillas
de tu balcón
crees que suspirando pasa el viento
murmurador,
sabe que oculto entre las verdes hojas
suspiro yo...*

Ni tampoco Rubén Darío:

*Allá en la playa quedó la niña.
¡Arriba el ancla! ¡Se va el vapor!
El marinero canta entre dientes.
Se hunde en el agua trémulo el sol.
¡Adiós! ¡Adiós!*

Mi padre sentía gran devoción por Federico García Lorca, e incluso en cierta ocasión había asistido a una actuación del famoso teatro ambulante La Barraca:

*Esta noche ha pasado Santiago
su camino de luz en el cielo.
Lo comentan los niños jugando
con el agua de un cauce sereno...*

Y, por supuesto, Antonio Machado:

*La tarde está muriendo
como un hogar humilde que se apaga.
Allá, sobre los montes,
quedan algunas brasas.
Y ese árbol roto en el camino blanco
hace llorar de lástima...*

En la poesía descubrí cómo pocas palabras, hechas música, trascienden la realidad aparente del texto, para darle una expresividad especial, y por los mismos años fui conociendo también a Juan Ramón Jiménez:

*El alegre mes de mayo
ha nacido esta mañana;
por los valles florecientes
¡qué hermosa habrá sido el alba!*

Sin embargo, también sentía mucha atracción por ciertas formas de la lírica popular, como el romancero antiguo, las rancheras mexicanas, las coplas españolas o algún tipo de canción que a la generación de mis padres le había interesado mucho. Por ejemplo, nunca olvidaré aquel tango de Le Pera, con música de Gardel, que comienza diciendo:

*Yo adivino el parpadeo
de las luces que a lo lejos
van marcando mi retorno.*

*Son las mismas que alumbraron
con sus pálidos reflejos
hondas horas de dolor.
Y aunque no quise el regreso
siempre se vuelve al primer amor...*

Luego, la Universidad me haría descubrir nuevos poetas: Pablo Neruda –todavía tengo en la memoria el arranque de su *Canto General*– César Vallejo, Jacques Prévert, Walt Whitman, Omar Khayyam, Lucrecio... con Luis Cernuda, Blas de Otero, Apollinaire, el Ángel González de los primeros versos, Leopardi, Borges, Garcilaso, Juana de Ibarbourou, Cesare Pavese... y, a lo largo de los años, Eugenio de Nora, Octavio Paz, Fernando Pessoa, Salvatore Quasimodo, Constantino Kavafis, Leopoldo Panero, Antonio Gamoneda, Antonio Colinas...

Precisamente esta jornada me he entretenido demasiado revisando tantos libros de poesía, que la pleamar está a punto de alcanzar el barco, y todavía no me he decidido por uno solo. Tengo en las manos dos de espíritu aparentemente contrapuesto. Uno es el Rubayat de Omar Khayyam, aquel poeta persa del siglo XI que cantó el *carpe diem* con tanto vigor:

*Porque aquellos que amamos con más santos amores,
en quienes ya el tiempo apuró su vendimia,
también su copa alzaron y ciñeron sus flores
y a perderse se fueron al lugar sin orillas.*

El otro es *Arden las pérdidas*, de Antonio Gamoneda:

*... Hay sangre en mi pensamiento, escribo sobre
lápidas negras. Yo mismo soy el animal extraño. Me reco-
nozco: lame los párpados que ama, lleva en su lengua las
sustancias paternas. Soy yo, no hay duda; canta sin voz
y se ha sentado a contemplar la muerte, pero no ve más*

que lámparas y moscas y las leyendas de las cintas fúnebres. A veces, grita en tardes inmóviles...

¿Qué haré? ¿Es que no puedo llevarme los dos?...

La quinta jornada de mi naufragio he decidido traerme a mi refugio algún libro de cuentos. Ya antes recordé que mi relación con el mito y con los arquetipos fue cristalizando desde la lectura de los primeros cuentos maravillosos, de los tebeos y de las películas cinematográficas, pues cualquier tipo de ficción encierra, inevitablemente, esa visión simbólica del mundo que es característica de la conciencia humana. Como me crié en la ciudad de León, con frecuentes estancias veraniegas en algunos pueblos de los alrededores, no es raro que mi infancia estuviese impregnada de mitos y leyendas.

En la capital, los monumentos eran testimonios evidentes de un pasado mítico y misterioso, desde el zodiaco de la fachada de San Isidoro –con los años me he atrevido a asegurar que debe de provenir de un templo mitraico, probable antecedente de la iglesia paleocristiana que ocupó el lugar antes de la basílica– hasta el «topo» de la catedral o el ventanuco de la supuesta celda en que estuvo preso Quevedo, en el Convento de San Marcos. Mi abuelo leonés se había instalado en León, proveniente de Villamañán, y al indicarme que el Camino de Santiago pasaba por delante de su casa, no me señalaba la carretera, sino la Vía Láctea. También él me contó muy interesantes cuentos y leyendas, como me las contaron en los pueblos de la provincia que visitaba en el verano, o en otros, gallegos y asturianos, en los que también ocasionalmente residía.

Ese espacio del noroeste, tan marcado por lo rural, estaba cargado de testimonios arcaicos, y las historias oídas hablaban de muertes, huidos, brujerías, amores, azares, hambrunas, hallazgos de tesoros. Si a eso juntamos mi gusto por la mitología clásica y oriental, descubierta en las citadas enciclopedias, entenderemos mi fuerte propensión a lo legendario.

Sin embargo, en esta jornada, como he dicho, quiero escoger un libro de cuentos. Mi primer impulso es llevarme *Las mil y una noches*, que conocí primero en una edición resumida, preciososamente ilustrada, y luego en la versión de Vicente Blasco Ibáñez. De ese libro me han cautivado especialmente los viajes de Simbad. Mas *Las mil y una noches* no pertenecen estrictamente al mundo del cuento literario, sino a esa suma de relatos que fue construyendo la narrativa oral, hasta que encontró la forma escrita. Lo mismo sucede con la mayor parte del texto de otro libro que, sin entender del todo, me fascinó de niño, *Cuentos viejos de la vieja España*, antología que reúne cuentos del siglo XII al XVIII –de Alfonso X el Sabio, el «Sendebár» y el «Calila y Dimna», a Francisco Santos y al Duque de Frías, entre otros– donde descubrí que eso que llamamos «microrrelato» ya estaba en nuestra cultura desde hace siglos.

He defendido y defiendiendo que la ficción, en forma de cuento oral, fue la primera sabiduría de la humanidad, anterior a la religión, a la filosofía, a la ciencia: acaso el embrión de todas ellas. Pero esta jornada pretendo elegir un libro de cuentos literarios.

Los primeros que leí fueron los de Edgar Allan Poe, Nicolai Gogol y Valle Inclán. Luego encontraría los de *Clarín* –nunca he entendido que *La Regenta* sea más valorada que sus cuentos y novelas cortas– mas poco a poco iría encontrando a Antón Chéjov y a Guy de Maupassant, a Ernest Hemingway y a Erskine Caldwell, a Jorge Luis Borges y a Julio Cortázar, a Wenceslao Fernández Flórez y a Max Aub, a los escritores españoles de la posguerra –Ignacio Aldecoa, Jesús Fernández Santos, Medardo Fraile, Carmen Laforet, Ana María Matute...– y a otros clásicos y contemporáneos, españoles y extranjeros: María de Zayas y Sotomayor, Turguéniev, Hans Christian Andersen, Arthur Machen, Howard P. Lovecraft, Bram Stoker, Karen Blixen, Raymond Carver, Julio Ramón Ribeyro, Carson McCullers, John Cheever...

En fin, si mientras sube la marea pudiese componer una antología en la que estuviesen unos cuantos cuentos de entre todos

estos, me llevaría el libro ideal. Al no poder, escojo *Bola de sebo*, de Guy de Maupassant, cuento genial al que acompañan otras veinte piezas maestras, y que originó aquella inolvidable película *La diligencia*, dirigida por John Ford e interpretada por John Wayne...

La sexta jornada en la isla me encuentro muy desasosegado, pues el barco está cada vez más dañado por la fuerza del mar, y la biblioteca que conserva el deteriorado camarote corre peligro de perderse definitivamente. Sin embargo, todavía tengo que seleccionar cinco libros. Qué tremendo dilema. ¿Cómo elegir solo cinco entre tantos? Hoy voy a intentar escoger una novela.

Cuando yo era muchacho, era también raro, porque me gustaba leer. En mi curso, solo leíamos dos, y el otro, buen amigo que ya murió –se llamaba José María Pariente Viguera–, formaba conmigo una especie de mínima secta furtiva.

Era una época en la que nuestros mentores consideraban que las novelas que no fuesen ciertas ficciones pías e insípidas, eran muy perniciosas –*Novelas, No Verlas*–. No es de extrañar tal actitud en aquellos tiempos, totalitarios en materia de política y determinados por el excesivo control eclesiástico en el tema moral. Todavía estaba vigente el *Index Librorum Prohibitorum et Expurgatorum*, que prohibía leer prácticamente toda la literatura: Erasmo, Descartes, Rabelais, Balzac, Stendhal, Galdós o Unamuno... entre centenares de autores más. El *Índice* fue derogado, con cautelas, en 1966, gracias al Concilio Vaticano II, tan olvidado, o sea que yo viví mi adolescencia bajo el imperio de tal ominosa censura.

Mas gracias a mi padre tuve acceso a muchos de tales libros, no solo a las novelas iniciales de mi formación de lector, a las que aludí antes, además de los Scott, Dumas, Conan Doyle, London, Rider Haggard, Rice Burroughs... sino a los *Episodios Nacionales* de Galdós, a varias novelas de Emilia Pardo Bazán y de Oscar Wilde, y a otros autores que sería demasiado prolijo citar.

Ya adolescente, fui descubriendo a Emily y Charlotte Brontë, a Dickens, a Dostoyevski y Tolstói, a Shakespeare, a Balzac, a Hesse,

y leí el *Tirante el Blanco* —antes que *El Quijote*, como debe ser— y conocí a Victor Hugo, seguí profundizando en Galdós, descubrí que Lope de Vega, Shakespeare y Calderón tenían mucho más interés del que podía deducirse de los libros de texto. Y mi amigo Pariente era el conmitón de mi pequeña secta, el confidente con el que intercambiaba libros y comentarios sobre ellos, en una lectura compartida que nos separaba del resto de la clase.

También por aquella época adolescente, hice el descubrimiento de la literatura que se reía de la superstición, y que era además «licenciosa»: nunca olvidaré *La doncella de Orleans*, de Voltaire, que me dio mucha información sobre ciertos delirios amorosos. También por entonces empecé a profundizar en Ramón María del Valle-Inclán, más allá de sus cuentos, y en Pío Baroja, pero sobre todo hice un descubrimiento decisivo en mi vida, y fue *Niebla*, de Miguel de Unamuno, donde literatura y vida son conjugadas con tanta maestría, que la literatura manifiesta su poder para ir más allá de los límites estrictos de la convención habitual, hasta integrarse en la vida y sugerirnos la potencia de la ficción para hacernos entender el sentido de la confusa y huidiza realidad. Creo que *Niebla* influyó mucho en mi concepción de la escritura, y por eso es el libro que voy a rescatar del barco en esta sexta jornada de mi naufragio.

También en la séptima jornada intentaré seleccionar una novela. Recuerdo ahora mis tiempos universitarios, con el hallazgo de cuatro autores fundamentales: Stendhal, William Faulkner, James Joyce y Franz Kafka. Mi relación con ellos ha sido cambiante a lo largo de la vida. *El Rojo y el Negro* —como luego otras novelas y ensayos de Stendhal— me deslumbró por su capacidad de síntesis y de profundización sentimental y social; en *Mientras agonizo*, o la trilogía de los Snopes, de Faulkner, aparte de un ámbito y unos personajes trazados con enorme expresividad, descubrí una técnica de contrapunto renovadora; el *Ulises* de Joyce, que nunca fui capaz de leer completo, se convirtió en la Biblia indiscutible de parte de mi

generación; en cuanto a Kafka, su condición de escritor modélico que apenas había sido capaz de terminar sino una parte muy escasa de su obra, era una especie de metáfora misteriosa y deslumbrante sobre el propio hecho de escribir.

Sin embargo, si entre las de todos ellos tuviese que decantarme por una sola obra para llevarla a mi cobijo de náufrago, creo que, a estas alturas, elegiría *El Rojo y el Negro*, una novela sobre la pasión –el Rojo– y la imposibilidad de la pasión –el Negro– en la que, desde la primera lectura, me enamoré de madame de Rênal con un amor que, a pesar del paso de los años, todavía no se ha extinguido en mí.

En la octava jornada me he despertado dando todavía vueltas a mis lecturas universitarias, a los descubrimientos que entonces iba haciendo: los novelistas ingleses del siglo XVIII –Henry Fielding, Jane Austen...–, los existencialistas –mi promoción tuvo fuerte influencia de ellos, y recuerdo ahora alguna de las terribles novelas de Sartre, como recuerdo a Albert Camus y a ciertos escritores italianos: Buzzati, Pavese, Pratolini, Moravia...–. De repente llegó el boom latinoamericano –Vargas Llosa, García Márquez– al hilo del cual encontraría otros maestros anteriores, como Miguel Ángel Asturias, Juan Rulfo o José María Arguedas. Mas también por aquellos tiempos hice un descubrimiento tardío, el de Thomas Mann y *La montaña mágica*.

Ahora que se han impuesto las novelas *best sellers*, tan abundantes en Giales, Vampiros, Bibliotecas Maravillosas, Sábanas Santas, Códigos Esotéricos y demás, mantengo la hipótesis de que ha habido una época, en la moderna historia de la Literatura, que comienza con *El Quijote* –vencedor de los Libros de Caballerías y sus asombrosos lances– y que termina con *La montaña mágica*, precisamente. Luego hemos vuelto a ser invadidos por otra forma de Libros de Caballerías, constituidos por todos esos *best sellers* acorazados con sus tapas duras, aunque difícilmente poseedores del encanto del *Amadís de Gaula*.